

de su fracaso. Wölfflin, al hablar de aquél, dice ciertamente que transforma la forma rígida en forma fluida, y que gusta de la interrupción. En efecto, si no ocurriera así y se descompusieran los contornos—aquéllos tan despreciados por el agrio debelador del barroco, Winckelmann—, igual da que sus monumentos se nos ofrecieran entre la bruma que bajo el sol. Mas al ofrecer la posibilidad de una melodía luminosa, el cielo se convierte en elemento imprescindible para el realce de la estructura arquitectónica.

Murcia es un insustituible zócalo de piedras con las que el cielo colabora vertiendo en ellas su efluvio aéreo. Hemos de reconocer que solo queda un ligero vestigio de la fisonomía dieciochesca, señorial y mentirosa; mas todavía, a las vueltas de nuestras andanzas sin meta fija, nos encontraremos con la muda teoría de los amplios portales y las anchas fachadas de autores incógnitos, en los que se cumple la afirmación de Eugenio d'Ors: «La obra de arquitectura, por el hecho mismo de la irrescusabilidad de su presencia— y como compensación—, tiende, para el pueblo, al anónimo».

Pero he aquí que todo desaparece. Cayeron el Contraste de la Seda, profuso en vitores de sangre reseca; la casa del pintor Villacís; la espléndida fábrica de la iglesia de San Antolín, y tantos otros ejemplares de nuestra arquitectura local. A unos los hundió el «progreso»; a los otros, la prisa diabólica... Y es que es cierta la frase de Wilhelm Waetzoldt: «De todas las fuerzas del cielo y tierra, la más destructora de obras artísticas es el alma que no las siente».

